

# LA EDUCANDA,

REVISTA QUINCENAL

DE EDUCACION, ENSEÑANZA Y MODAS.

Año II.

Martes 15 de Julio de 1862.

Núm. 38.

## ALTERNATIVA DE EJERCICIO Y REPOSO.

LEY GENERAL DE LA NATURALEZA.

### II.

Para regularizar y dirigir el ejercicio de los poderes humanos, es indispensable conocer su naturaleza, su fuerza, su destino y el concurso ó auxilio mútuo que se prestan en la vida, por esa série no interrumpida de misteriosas relaciones que, si no se ha podido descubrir en toda su extension, se revela á cada paso en actos y fenómenos inexperados, que remitimos á nuestras observaciones anteriores para darles una explicacion satisfactoria.

La fuerza y poder de un órgano crece ó se debilita segun que el ejercicio propio de su actividad se contiene ó nó en los límites de su robustez. Este principio de educacion, que admitimos sin exámen, porque no es de este lugar hacerlo como ley de la naturaleza, sirve de punto de partida á la doctrina que hemos de desenvolver en el estudio de la que preside al desarrollo gradual de las facultades del individuo.

La naturaleza física tiene el ejercicio como medio de llegar á realizarlo; pero se ha de desenvolver en un grado tan distante de producir el cansancio, como lo está el mismo movimiento de la inaccion de los órganos: extremos ambos que conducen, aunque por diferentes vias, á un mismo resultado, que es la debilidad. El niño tiene sus órganos en un

continuo movimiento desde que nace, si bien débil en muchos casos, y hasta apenas perceptible ó sensible en otros, á no prestar una inteligente atencion, por la escasa fuerza de que todos se hallan dotados. Tambien es muy fácil advertir que ni todos los órganos se mueven á la vez, ni con igual grado de fuerza; y que cuando alguno cae en un verdadero quietismo, otro dá rápidas sacudidas y muchos concurren juntos y de diferentes maneras al desempeño de ciertas funciones ó actos que nos demuestran de una manera palmaria, que allí se obedece de una manera absoluta á la naturaleza, y aquella es su ley, es decir, el movimiento relacionado de los órganos, alternando con un conveniente reposo.

A poco tiempo del nacimiento, el ejercicio aumenta en un grado siempre creciente; se desenvuelve cada dia con mayor intensidad, y los organos adquieren tal fuerza, que alimenta esa incansable movilidad, á veces reñida aparentemente con el descanso en algunos niños, é imposible de soportar hasta por personas de conocida resistencia. Esto nos demuestra dos cosas á cual mas importantes para el objeto que nos ocupa. Es la primera, que la naturaleza física del hombre, en el primero y ulteriores períodos de su desarrollo, exige un constante movimiento; y segundo, que á no ser tan inminente el peligro de un extravío ó abuso en las móviles facultades del niño, la naturaleza seria el mejor, el verdadero director de nuestro desarrollo. Ella inicia con sábia oportunidad el movimiento de cada órgano: muestra y aviva



las facultades; relaciona su ejercicio hasta un punto que en los hechos mas sencillos dicta los principios y reglas que sirven de guia en la direccion á que bajo un plan condicional ó de circunstancias prepara la educacion.

Esta se hace, pues, necesaria, solo para contener los excesos, corregir los abusos y remover los obstáculos con que, ya la voluble y mal aconsejada voluntad del niño, ya las causas exteriores, interrumpen el cumplimiento de las leyes naturales del desarrollo físico. Por esta razon es imprescindible un poder inteligente, director y regulador de los medios que, sosteniendo las tendencias naturales del organismo, reglen sus movimientos sujetando la actividad á una conveniente alternativa de ejercicio y reposo, favorable al mantenimiento de su creciente vigor.

No basta para esto el conocimiento general de la disposicion orgánica del cuerpo humano, y las principales funciones á que contribuye cada parte; se requiere además el de la higiene especial de cada órgano y por complemento el de su gimnasia; porque una y otro le suministran medios de mantener la saludable aptitud de las partes y el conjunto del cuerpo humano, para que se emplee siempre su actividad en lo útil y provechoso, evitando lo perjudicial ó inconveniente á su desarrollo. La importancia de estos conocimientos, como base de una buena educacion física, ha sido por mucho tiempo desconocida. Se creyó que para llegar á la plenitud de la fuerza en nuestros órganos y sentidos no se necesitaba un aprendizaje especial, sino dejar á la naturaleza marchar hasta el lleno de su poder en cada individuo. De semejante error surgieron males sin cuento con la pérdida de multitud de fuerzas, poderes y aptitudes especiales, que de otro modo, y con prudentes estímulos, se hubieran desarrollado con extraordinario vigor; así como en casos contrarios resultaba una preponderancia nociva en el desarrollo de determinados órganos, absorbiendo por completo las fuerzas naturales, rompiendo el equilibrio orgánico y cau-

sando la verdadera raquitis, precursora de una temprana muerte. Despues de esta opinion dominante se vino á caer en el extremo opuesto; y concediendo á los cuidados educativos de cierto género una importancia exagerada sobre la condicion física del niño para alejar solo los innumerables peligros que rodeando su primitiva debilidad pudieron comprometer la salud, buena conformacion y desarrollo de los órganos, se vino á condenarle á una inaccion violenta. A esto contribuyó, sin duda en gran parte, la fascinacion que los resultados obtenidos por los ortopedistas en los casos de verdadera enfermedad de los órganos, produjeron en la opinion poco preparada. Así que, imitando sus medios mecánicos, se vieron dolorosamente aplicados y generalizados como preventivos de los males que en todo caso están llamados á curar. De aquí la costumbre de ligar los miembros á los niños, como partes débiles y expuestas á mil peligros en sus movimientos, mantenerlos en este estado por mucho tiempo, condenándolos á una completa inmovilidad, hasta que por sí mismos, y en fuerza de un tiempo que semejante proceder alargaba, adquiriesen la robustez necesaria para el movimiento. Bajo este fatal sistema tardó mucho tiempo en comprenderse que, cuanto mas tarde se rompian las ligaduras que violentamente sujetaban los órganos, mas se retrasaba la adquisicion de la fuerza necesaria para el movimiento firme; y mas expuestos se hallaban á contraer vicios y deformidades nacidas de la posicion á que condenaban las ligaduras á dichos órganos.

El perfecto desarrollo de nuestro cuerpo no puede resultar sino del ejercicio espontáneo de todos sus órganos, para que por él no se llegue á establecer diferencias entre ellos y falta de equilibrio en el crecimiento de su poder; porque de aquí entonces la diferente energía que turbaria la economía física del cuerpo.

Pero la fatiga, que es una impotencia momentánea mas ó menos determinada en un



órgano, ya proceda de un esfuerzo violento, ya de un trabajo prolongado, sigue siempre al ejercicio; por tanto, al educador corresponde estudiar su residencia y descubrir sus causas, para facilitar el descanso necesario al órgano fatigado, sin perjuicio de los demás, es decir, sin condenar á la inacción, siempre perniciosa cuando es inmotivada, á los que se encuentran en condiciones oportunas de actividad. Es tanto mas indispensable partir de este gran principio de educacion física, cuanto mas cierto aparece que muchas veces la fatiga de un órgano se remedia provocando su ejercicio en otro sentido para facilitar el descanso que reclama en aquel en que se habia producido.

No se crea que al decir que la fatiga sigue siempre al ejercicio, nos ponemos en contradicción con el principio sentado, de que todo órgano se fortifica con el ejercicio, y además adquiere mayor desarrollo: ya hemos dicho que para llegar á la fatiga, ha de ser un ejercicio excesivamente prolongado, ó que dé origen á un esfuerzo violento. Por otra parte, bien pronto quedará demostrado que en el abuso del ejercicio, ó en la no observancia de que con él alterne convenientemente un reposo saludable, es donde podremos tener la fatiga como resultado consiguiente al ejercicio.

La actividad del hombre es susceptible de emplearse, y se emplea en muchas y distintas direcciones; porque ella es la llamada á realizar directamente el desarrollo de todos los órganos. Pero no pudiendo ser excitados todos ellos á la vez, fuera de casos muy raros y excepcionales, porque cada ejercicio exige el concurso de la atención en mas ó menos grado, y esta facultad no puede aplicarse al mismo tiempo á todos los objetos en que seria fácil fijarse la actividad humana, de aquí el que cuando unos están en movimiento otros guardan el correspondiente reposo. Pero si la actividad de un órgano pudiera durar siempre, otros se quedarían en una completa inacción, y se consideraría á los primeros como dispen-

sados providencialmente del descanso que todo ejercicio reclama. Esto no cabe en el orden de la naturaleza, sino por el contrario, la mayor variedad de ocupaciones para realizar el ejercicio, y el que unas y otras puedan reproducirse á su vez.

La fatiga no viene á ser siempre la inacción de todo nuestro ser; queda á veces como el simple motivo para cambiar los objetos de nuestra actividad. En este caso se limita á una indicación de la naturaleza para mantener provechosamente el ejercicio; porque muchas veces un descanso bien corto del órgano fatigado basta para restituirlo á su antigua fuerza, sin que nada haya perdido, antes por el contrario, adquiriendo el poder de soportar en el porvenir un ejercicio mas violento ó mas prolongado. A numerosos ejemplos pudiéramos acudir para convencernos de esta verdad, y nos bastará recordar para ello que cuando un joven dá principio á los ejercicios de esgrima, se vé obligado ante todo á frecuentes descansos, quedándole algunos dias los miembros hasta doloridos; pero bien pronto desaparece todo con solo lo que se fortifican sus órganos, y especialmente los músculos, de fatiga en fatiga.

Si por el contrario, no obedeciéramos cuando la fatiga nos llama al reposo, empeñándonos en prolongar el ejercicio de cualquier órgano, fácil seria llevarlo á un estado enfermo en que se comprometiera su desarrollo.

Resultan ó pueden resultar á nuestros órganos dos especies de fatiga, segun las causas ó circunstancias de que proceden: se reduce la primera á un aviso que se disipa inmediatamente con el descanso, sin dañar con su progreso al órgano fatigado. La segunda, por el contrario, puede ser considerada como nuestro castigo por no haber cedido á la primera invitación para obtener un descanso que ya no disipa la fatiga; porque ha llegado á constituir una verdadera enfermedad en el órgano. Esta especie de fatiga es la sola que la educacion debe esforzarse en



prevenir, sin olvidar jamás en los estímulos del ejercicio, la satisfaccion de las exigencias de la primera.

Para llenar en esta parte su cometido, no necesita atender mas que á dos órdenes de órganos, que son los músculos y los sentidos: haremos con relacion á ellos las mas principales consideraciones sobre la fatiga, y en ellas se verá ya á la educacion velar incesantemente por la conservacion de la ley á que nos venimos refiriendo.

L. R. Y P.

### SOBRE LA DIRECCION INTELECTUAL Y ESTÉTICA MAS CONVENIENTE EN LA EDUCACION DE LA MUGER.

¿Qué direccion es necesario dar á la inteligencia de las niñas? ¿Hasta qué punto deben saber pensar, raciocinar, hablar? esto es, ¿en qué medida conviene que sea cultivada la inteligencia de la muger?

Aquí nos encontramos entre dos extremos:

Si aconsejamos á la muger que se limite estrictamente á las tareas domésticas, se nos acusará de querer rebajarla á una humilde y triste condicion, y de reducirla á un estrecho círculo de ideas.

Uno de los escritores que con mas entusiasmo pintan las ventajas de esta vida modesta y limitada, cita como bello ideal la excelente esposa de Racine, que nunca vió representar las tragedias de su marido, y que ni aun las leyó, quizá con el firme propósito de no tener que confesarse de ello.

Dudamos mucho que haya hoy poeta que se contentase con una compañera tan circunspecta.

Pero, en cambio, sabido es que todas las épocas han producido mugeres que, lejos de limitar su accion al recinto del hogar doméstico, la han ejercitado, por medios mas ó menos indirectos, hasta en los mas altos poderes del Estado.

Ni tan alto ni tan bajo, bellas hijas de Eva: no salgais de vuestros hogares; no seais escuderas de las guerras civiles; no aspireis á entronizaros por el favor de los monarcas; pero tampoco os quedeis extrañas á las ventajas que proporciona el cultivo de la inteligencia, á los mas delicados conocimientos superiores, al sentimiento de las bellas artes y de las bellas letras.

Con esto no queremos decir que la muger deba ser sábia, ni llegar á poder juzgar y hablar de todo: si el pedantismo es insoportable en el hombre, lo es mucho mas en la muger; pero, bajo el pretexto de que no se haga pedante, no se pretenda privar su inteligencia de lo que puede darle elevacion y multiplicar sus atractivos.

No es necesario que sepa demasiado, lo concedemos; pero es menester mucha barbarie para desconocer lo que vale una inteligencia rica de nociones útiles y adornadas de ideas bellas, un gusto fino y delicado, un lenguaje fácil y elegante, y un elevado sentimiento de las bellezas del arte, de la naturaleza y de la poesía.

Empero nada de esto se puede adquirir sin alguna instruccion.

«El hombre y la muger, dice Victor Cousin, tienen la misma alma y el mismo destino moral; una misma cuenta les será pedida del uso de sus facultades, y es barbarie en el hombre y oprobio para la muger el degradar ó dejar que se degraden en ella los dones que Dios le ha hecho. ¿No deben las mugeres saber la Religion, si quieren seguirla y practicarla como seres inteligentes y libres? Y si la instruccion religiosa les está, no solo permitida, sino preceptuada, ¿qué instruccion podrá parecer demasiado elevada para ellas? Además: ó la muger no ha sido creada para ser compañera del hombre, ó hay una contradiccion inícu y absurda en prohibirle los conocimientos que le permiten entrar en comercio espiritual con aquel con quien debe compartir el destino, comprender á lo menos sus trabajos, y sentir sus luchas y penalida-



des para aliviarlas. Dejémosla, pues, cultivar su inteligencia y su alma por toda especie de conocimientos útiles y de estudios nobles y bellos, con tal que esté inviolablemente guardada la ley suprema de su sexo, el pudor que constituye la gracia.»

En la educacion de las niñas, importa mucho determinar con circunspeccion el justo medio entre una mezquina reserva que extinguiría la imaginacion y el vigor de la inteligencia, y una fastuosa pretension que las henchiría de vana ciencia y necio orgullo: esta justa medida está expresada de una manera tan interesante como perfecta en estos dos pensamientos de Fenelon:

«Enseñadles que debe haber para su sexo un pudor, respecto á la ciencia, casi tan delicado como el que inspira horror hácia el vicio....»

«La ignorancia de una niña es causa de que se fastidie y no sepa ocuparse inocentemente.»

No creemos necesario que una niña aprenda mucho; pero sí que aprenda bien: lo importante no es la materia de la instruccion, sino el uso que debe hacerse de ella.

He aquí dos resultados que quisiéramos que se obtuviesen en la educacion: el hábito de reflexionar y la facultad de sentir delicadamente.

Excepto aquellas nociones aprendidas que son de un uso práctico y que seria vergonzoso haber olvidado, las demás suelen desaparecer de la memoria; pero nunca se extinguen las sólidas y agradables cualidades que insensiblemente se forman por medio del estudio, cuya letra no es tan importante como su espíritu.

Es necesario que las niñas se habitúen poco á poco á ejercitar su juicio en las cosas y en los actos de la vida; á distinguir lo que conviene de lo que no conviene; á conocer el carácter de las personas, y á conducirse en virtud de este conocimiento; á no admitir sino con gran reserva las máximas del mundo, y á discernir en ellas lo verdade-

ro y lo falso, lo eterno y lo convencional.

No porque el buen gusto sea de un uso menos necesario y general que la solidez del juicio, se ha de creer que sea simplemente un lujo: si es supérfluo, preciso es confesar que es el supérfluo mas seductor y necesario en las clases distinguidas, porque un verdadero sentimiento de las artes vivifica la existencia de una jóven, y le impide buscar distracciones menos saludables.

Antes de que lleguen los graves y minuciosos cuidados de la familia, y en el tiempo libre que á una jóven le dan su edad y las comodidades que disfrutan sus padres, no hay ocupacion mas agradable y excelente que una práctica bien sentida de las bellas artes, á condicion de que no se incurra en el error de confundir la aficion con la habilidad, y la habilidad con el ingenio, á condicion tambien de que estos adornos de la inteligencia no originen una frívola vanidad ni un insaciable deseo de obtener aplausos.

Y no solo por medio de la enseñanza formal es como se puede conseguir que las mugeres adquieran estos nobles y elegantes hábitos, sino tambien por la conversacion; pero como esta en el trato ordinario de sociedad, abunda en máximas falsas y versa por lo general sobre asuntos frívolos, una jóven deberá una buena parte de su educacion á las conferencias familiares, á las conversaciones que tenga con sus padres: es posible que penetren en la inteligencia de una niña muchas mas ideas exactas por medio de las lecciones que insensiblemente envuelven las conversaciones ocasionales, que por una enseñanza precisa y premeditada, pues la niña no mira con prevencion y desconfianza lo que se le enseña sin aparato, y comprende mejor lo que vé que tiene útil aplicacion en los actos de la vida.

Suponiendo que una jóven sea educada segun estos principios, creemos que poseerá todas las cualidades propias de la muger distinguida, y no abusará de ellas; que no se afanará por mostrar la superioridad de su juicio y de su gusto; que no aspirará á ser conside-



rada como muger de gran talento; que no tendrá en poco á sus padres si los aventaja en instruccion; que no dejará la sociedad de las jóvenes de su edad, por figurar entre las mugeres; que no tomará impertinentemente la palabra, ni procurará impresionar ó deslumbrar con sus estudiadas agudezas; pero, si la ocasion se presenta, dejará que las gracias de su inteligencia hablen por sí mismas: una ocurrencia feliz, una sonrisa discreta y la expresion de una fisonomía inteligente, revelarán al observador las riquezas que ella disimula. En la intimidad, se abandonará mas á sus impulsos naturales, y tanto á la familia como á la amistad, proporcionará los goces que ofrecen los encantos de una fina y distinguida educacion: así se ejercitará poco á poco, adquiriendo sin esfuerzos la seguridad, oportunidad, gracia y facilidad de la palabra, que es el encanto de las mugeres en sociedad.

J. T. L.

#### INDICACIONES SOBRE AMÉRICA.

La América vuelve á ocupar la atencion del mundo; y aparte del interés que los grandes acontecimientos allí ocurridos pueden inspirar á los pueblos europeos, que siempre la han tenido en mucho, y de otras causas que nos obligan á hacer un estudio general y detenido, de que cuanto encierran aquellas importantes y apartadas regiones, nos bastan sus vírgenes é inmensos bosques y el estado primitivo de aquellos pueblos semisalvajes, para excitar la curiosidad y emprender un estudio agradable de cuanto de aquel nuevo mundo ha podido llegarse á conocer.

Nada hay mas curioso é instructivo que el estudio de los bosques de la América, donde el hombre apenas ha sentado su planta, ó no ha podido estampar aun las huellas de la destruccion: nada mejor y mas grandioso para admirar en ello las bellezas y fecundidad de la naturaleza. Allí se hallan reunidos árboles gigantescos en toda la plenitud de su fuerza, y sobre la tierra cubierta de humus y detritus y toda especie de restos hacinados, se encuentran los troncos mutilados de árboles seculares que la muerte

ha venido á arreglar sobre su suelo, magníficos arbustos, y por todas partes se deslizan y trepan flexibles y graciosas enredaderas, al través de aquel sorprendente dédalo de ramaje. Las hojas, las flores mas brillantes y extraordinarias, caen á miles de los nidos de las aves, é inmensas bandadas de insectos y animales de todas especies se encuentran á cada paso. Tan pronto se descubre la cabeza de una ardilla, como nos llama la atencion un pájaro de riquísimo plumaje, ó nos sorprende la culebra, movimientos tan fáciles como los que ejecuta para enroscarse, y recorre grandes distancias; y por último, nos intimidan aquellas grandes emanaciones que se escapan de todas partes, y asfixian, por decir así, al extranjero que por primera vez se somete á las influencias de las plantas que vegetan sobre aquella tierra vírgen aun.

El hombre salvaje es el solo rey de aquellos lugares, que es preciso contemplar, como sus dominios, impenetrables. El hombre civilizado se ha visto en la necesidad de cederle la supremacia; porque solo él puede hallar los difíciles senderos que dan accesos á aquellos lugares. Los sentidos de la vista, el olfato y el oído se desarrollan de una manera extraordinaria en estos hombres, y es lo que les dá una superioridad marcada en aquellos lugares; porque la bondad y prevision de la Providencia lo ha hecho así, en atencion á que solo el gran poder de los sentidos puede salvar allí al hombre de los infinitos peligros que lo rodean. Sin embargo, hay en la ferocidad salvaje del americano algo de particular, que le hace susceptible de una pronta civilizacion: su organizacion es mas impresionable, su alma mas dulce que la de otros salvajes del mundo; y esto, unido á una inteligencia bastante para abarcar de pronto la totalidad de los objetos que le llaman la atencion, de aquí el gran partido que sacaron de aquellas regiones nuestros antepasados en los primeros tiempos de la conquista, y la gran esperanza que abriga hoy la experimentada Europa, de que pronto la paz y la civilizacion fundarán su señorío en el continente americano y harán sentir á sus hijos todos sus beneficios.

Para que se comprenda hasta qué punto son contrarias las narraciones que se hacen de aquellas razas salvajes, haremos un recuerdo de que en nuestra historia hay testimonios irrecusables, y que confirman el juicio que de aquellos habitantes hemos formado. Nos referimos á un episodio de la historia



de los jesuitas en aquellos climas, especialmente en el Paraguay.

El Paraguay ocupa la América del Sud, entre las provincias unidas del Rio de la Plata y el Brasil, en una superficie como de 900 kilómetros por 265. Este territorio, conquistado por los españoles en 1535, tiene un suelo excelente en ciertas partes, árido y desierto en otras.

España, que poseía casi toda la América, no podía ocuparse de colonizar la vasta extensión de este país; y así llegó á suceder que, territorios perfectamente preparados para producir grandes riquezas á la metrópoli, se abandonaban á poco tiempo á los salvajes, ó se dejaban á discreción de encargados, que concluían por no tomarse ningun interés ni cuidado por su conservación. En este estado el Paraguay, y después de haber creado España una misión para convertir salvajes en las orillas del Panamá, abandonó parte de su conquista.

Entonces los jesuitas propusieron al gobierno español tomar á su cargo la colonización del país, aunque tuvieran que luchar con las dificultades que habría de ofrecer el carácter belicoso de los naturales. La España accedió á su petición, y dieron principio desde luego á su penosa obra los jesuitas, que jamás acaso obtuvieron en tan poco tiempo tan fructuosos resultados.

Las razas salvajes que forman la población del país, no solamente se convirtieron al Catolicismo, sino que consintieron en dedicarse á la agricultura, construir y fijar sus habitaciones, y hasta constituyeron un gran Estado, de que eran señores independientes de todo otro territorio.

La envidia de algunos les llevó á tentar contra la prosperidad de aquel país, pero inútilmente, porque señores los jesuitas desde 1556 á 1767, época en que fueron expulsados de todas las posesiones de la monarquía española, rechazaron toda agresión con el valor de los naturales.

Cuando á virtud de la expulsión indicada se apartaron del Paraguay los jesuitas, los hijos de aquel país lloraron amargamente su pérdida. España cedió entonces esta colonia á Portugal, que conservó su posesión en decadencia hasta 1777, que volvió á la dependencia de España.

En 1809 se declaró independiente bajo la dictadura del doctor Francia, que renovó las ordenanzas mas severas contra la entrada de los extranjeros en el Paraguay, reinando este dictador hasta 1840. A

su muerte, entró en la presidencia de la República el general Lopez, y permitió ya la libre comunicación con los extranjeros, bajo ciertas restricciones.

Este ligero rasgo sobre la historia del Paraguay, confirma lo que al principio hemos dicho de la raza americana. Estos habitantes son dulces y honrados, con aptitud para entrar en el dominio inteligente de cuantos medios ofrece la civilización para la dicha de los pueblos. Su suelo es excelente, y aunque no se conoce con exactitud la población ni los recursos, ha de reunir buenas condiciones para la industria y el comercio.

R. T.

### DELFINA, Ó LA FELIZ CURACION.

(Continuación.)

Al decir estas palabras, la señora del doctor desataba las manos de Delfina, y esta escuchaba con sorpresa un lenguaje tan nuevo para ella. Mas humillada que conmovida, sintió sin embargo lo razonable de la lección que acababa de recibir. La señora de Steinhausse presentó su hija á Delfina, que la recibió con bastante frialdad; y un momento después les sirvieron la cena. A las diez, Brígida desnudó á la triste Delfina y le ayudó á acostarse en su pequeño catre de tijera: Delfina, muy cansada, experimentó que con buen sueño se puede dormir muy bien en una mala cama colocada en un establo.

Al día siguiente, luego que Delfina despertó, fué á verla el doctor, y este dispuso que fuese á pasearse hora y media antes de almorzar. Parecióle á Delfina muy dura esta determinación, y opuso alguna resistencia; pero al fin le fué necesario obedecer. Condujéronla á un vasto vergel, y aunque hacía un tiempo hermoso, porque era el mes de abril, Delfina se quejó del frío, del viento, aseguró que le dolía un pié y lloró duramente el paseo; pero se paseó. La volvieron á llevar á su establo muerta de hambre, y almorzó con apetito por primera vez después de un año. Luego que se desayunó, abrió el estuche que encerraba sus alhajas, figurándose que ostentando sus riquezas en presencia de la señora del doctor y Enriqueta, obtendría de estas mayor consideración. Preocupada con esta idea la orgullosa Delfina, sacó un lindo collar de perlas, y se lo puso al cuello, también unos ricos pendientes de esmeraldas, y se adornó el cabello con una estrella y una mariposa de diamantes: en seguida fué á sentarse gravemente delante de Enriqueta, que bordaba al lado de su madre.

Enriqueta, al ruido que hizo Delfina al aproximarse, levantó la cabeza, la miró con frialdad y continuó su



labor. Admirada Delfina del poco efecto que producian sus adornos, y queriendo llamar la atencion de Enriqueta, le ofreció dulces, presentándole una soberbia caja de cristal de roca, adornada con una charnela de diamantes: Enriqueta tomó un confite, pero sin alabar la caja. Entonces Delfina le preguntó qué le parecia la caja.

—Me parece muy pesada,—contestó Enriqueta:—una de paja seria mas agradable y fácil de llevar.

—¡De paja!....

—Sí; como la mía, por ejemplo: ¡toma, mira qué bonita es!

—Pero, ¿sabes tú el precio de esta?

—¿Qué importa el precio? lo que conviene es la comodidad.

—¿Y la belleza del trabajo?....

—¡Oh! la tuya es mas preciosa, y adornaria mejor una tienda; pero, para bolsillo, esta es mejor.

—Luego no haces caso de estas cosas tan lindas.

—Ninguno, cuando son molestas, incómodas.

—¿Te gustan los diamantes?

—Me parece que un adorno de flores sienta mejor á una jóven que uno de diamantes.

—Y á las jóvenes,—añadió la señora de Steinhausse,—ningun adorno las puede embellecer.

Al oír esto, Delfina se quedó muy pensativa, experimentando cierta tristeza que jamás habia sentido; pero como la señora del doctor le imponia demasiado para obligarla á contenerse, no se atrevió á mostrar su despecho y tomó el partido de callarse.

Al cabo de algunos minutos, dijo la señora de Steinhausse:

—Puesto que á esta señorita le gustan tanto las cajas, voy á enseñarle algunas muy bonitas.

—¡Ah! sí, repuso Enriqueta, mamá las tiene muy hermosas, entre otras las de dentritas....

—¡Dentritas! — interrumpió Delfina, — y ¿qué es eso?

—Se dá ese nombre,—añadió Enriqueta,— á piedras que, por un capricho de la naturaleza, como incrustaciones, afectan figuras de vegetales y animales.

Después de esta explicacion, Enriqueta se calló y Delfina volvió á estar triste. Por primera vez en su vida, hizo algunas reflexiones, diciendo para sí: «Enriqueta no es mas que hija de un médico, no tiene joyas ni diamantes, no le veo juguetes y trabaja sin descanso; ¿por qué, pues, tiene un humor tan alegre? ¿por qué está tan satisfecha? ¿por qué parece siempre feliz, mientras que yo estoy siempre tan disgustada?»

Estas reflexiones hacian suspirar á Delfina; encontraba mucho de qué lamentarse, pero se enfadaba mucho menos que en Madrid. La conversacion de la señora del doctor y su hija, excitaba su curiosidad y le interesaba mucho. No podia menos de respetar á la primera, y sen-

tia ya en el fondo de su corazón una inclinacion muy decidida hácia la jóven Enriqueta.

Aquella noche le ocurrió pedir su muñeca y sus juguetes; y la señora de Steinhausse le dijo que se habian quedado olvidados en Madrid, pero que los tendria dentro de cuatro ó cinco dias. Delfina, á pesar de la especie de temor que aquella señora le inspiraba, iba á mostrar su descontento, cuando Enriqueta le propuso que iria á buscar alguna cosa con que pudieran distraerse durante la velada; en efecto, salió, y á poco rato volvió con Brígida, que traia dos grandes libros de estampas, que encerraban colecciones de costumbres turcas y rusas. Tenia Enriqueta una manera tan interesante de enseñar aquellas estampas, y las explicaba con tanta inteligencia, que Delfina se divirtió muy de veras: antes de acostarse, abrazó á la madre y á la hija, diciendo á esta: Espero que mañana me enseñará tambien alguna cosa nueva.

Delfina se fué á la cama sin mal humor, durmió perfectamente bien, y al despertarse llamó á Enriqueta. Acudió esta, ya del todo vestida y arreglada, y viendo que Delfina la tendia los brazos, saltó ligeramente sobre la cama y se echó á su cuello. Delfina se levantó con presteza, no se hizo esperar para ir de paseo, y tomando del brazo á Enriqueta, salió alegremente del establo. Ya en el jardín, vió correr á su compañera, admiró su gracia y ligereza, y consintió en correr tambien. Después vió Enriqueta una linda mariposa de color de rosa y negra, propuso á Delfina darle caza, y echaron á correr para cogerla. Separáronse ambas niñas, y Enriqueta, como mas ligera, ganó la delantera y se encargó de que no se escapase la mariposa, si Delfina no la cogia en el arbusto en que se habia posado; pero Delfina se lanzó muy bruscamente, la mariposa se escapó, fué vivamente perseguida, y después de dar mil vueltas se detuvo en una rama de rosál. Delfina, con los brazos levantados é inclinada hácia adelante, se acercaba muy despacio, de puntillas, con el corazón palpitante, conteniendo la respiracion, y temiendo agitar las hojas, que casi tocaba ya, alargó una mano temblorosa.... creyó que iba á cogerla; pero ¡ay! la mariposa voló escapándose de entre los dedos de Delfina, y aun dejando huella en ellos.

Delfina suspiró al ver en su mano parte del polvo que daba color á las alas de la linda mariposa. Cansada, y no desesperada, quiso seguirla todavía; y aun persiguióla con Enriqueta hasta la orilla de un reguero bastante ancho, que separaba de un gran vergel el jardín, y la mariposa voló por el vergel. Enriqueta saltó al mismo tiempo el reguero; pero Delfina, que no sabia saltar, no pudo seguir, y mientras que esto la affigia, Enriqueta cogió la mariposa, y saltando de alegría volvió, trayendo sujeta por las puntas de las alas su cautiva, que en vano se esforzaba por escaparse.

Serian las nueve, cuando la señora de Steinhausse



uy de-

sus ju-  
habian  
dentro  
ecie de  
trar su  
iria á  
urante  
n Brí-  
encer-  
Tenia  
aque-  
ia, que  
ostarse,  
ero que

ió per-  
a. Acu-  
do que  
obre la  
preste-  
ndo del  
. Ya en  
gracia y  
vió En-  
, pro-  
coger-  
mas li-  
se esca-  
usto en  
brusca-  
seguida,  
rama de  
da hácia  
, con el  
temien-  
na mano  
la ma-  
elfina, y

olvo que  
da, y no  
rsiguióla  
ante an-  
y la ma-  
no tiem-  
no pudo  
cogió la  
lo sujeta  
no se es-

einhausse



*Jap. Mariton.*  
419.

## LA EDUCANDA.







dispuso que ambas jóvenes almorzasen en el gabinete de Enriqueta. Delfina vió en él objetos enteramente nuevos para ella; flores disecadas y puestas bajo cristales, conchas y mariposas formando cuadros: Enriqueta contestó con su habitual complacencia á las preguntas de Delfina, se lo enseñó todo minuciosamente, y le explicó que las conchas se dividían en tres clases, y que estas tres clases constan en total de veinte y siete familias que comprenden los diferentes géneros de conchas.

Delfina escuchó á Enriqueta con admiración y curiosidad.

—¡Cuántas cosas sabes! —le dijo.

—Yo, —repuso Enriqueta, —nada sé todavía, solo poseo nociones superficiales y confusas; pero tengo vivo deseo de instruirme y afición á la lectura...

—¿Te gusta la lectura? ¡qué cosa tan extraña!

—¡Cómo extraña! me parece que es una afición muy común.

—Yo no lo creía.

—¿Quieres que te preste libros?

—Con mucho gusto, mientras traen mi muñeca.

—Pues bien, te voy á dar *Las conversaciones de Emilia* y el *Amigo de los niños* de Berquin.

En seguida tomó Enriqueta de su pequeña biblioteca el *Amigo de los niños* y se lo dió á Delfina, que recibió este obsequio con bastante indiferencia.

La señora del doctor la volvió á llevar al establo, la dejó en él sola al cuidado de Brígida, y dijo que volvería dentro de dos ó tres horas.

Delfina, sola en su establo con Brígida, y sin juguetes, le ocurrió buscar en el *Amigo de los niños* un recurso contra el aburrimiento. Abrió el libro con bastante dejadez y se puso á leer. Esta ocupación no tardó en interesarle, pues vió con sorpresa que la lectura puede reemplazar á otras muchas distracciones. Reflexionaba en este descubrimiento que habia hecho, cuando oyó llamar á la puerta del establo. Brígida fué á abrir, y Delfina vió presentarse una anciana campesina conducida por una joven de quince á diez y seis años, que le preguntó si era la señorita de Steinhausse. «Nó, respondió Delfina; pero pronto vendrá.»

La buena muger suplicó que se le permitiese esperar á Enriqueta: «Porque, añadió, es absolutamente necesario que yo la hable.»

En aquel instante notó Delfina que aquella anciana era ciega, y la preguntó si venia con intención de consultar al doctor.

—¡Ah! ciertamente que sí; pero no me hubiera atrevido á venir, si la señorita Enriqueta no hubiese enviado á llamarme.

—¿Cómo ha sido eso?

Entonces la pobre muger refirió que estaba ciega hacia tres años, lo que la afligía mucho mas porque su nie-

ta Isabel (que era quien la conducía), rehusaba casarse con un rico labrador, porque decia que estando casada y encargada de los pormenores de una casa de labor, no podría por sí misma cuidar á su abuela ciega, hacerla compañía, servirla y llevarla á todas partes, y que no queria confiarla á los cuidados de una criada. Isabel tomó la palabra y dijo que era muy natural que pensase así, porque habiendo tenido en su infancia la desgracia de perder á su padre y á su madre, la habia educado su abuela. «Por eso, añadió la anciana, esta querida niña no quiere abandonarme: la señorita Enriqueta ha sabido nuestra historia, y me ha enviado á llamar para que yo consulte á su señor padre, que ya ha devuelto la vista á no sé cuántas personas que no veían nada.»

La buena muger fué interrumpida por la llegada de Enriqueta, que la abrazó con el mayor afecto, así como á la joven Isabel; hizoles muchas preguntas con tono lleno de interés, y escuchó con enternecimiento las respuestas que la dieron. En seguida, tomando de la mano á la anciana, la dijo: «Venga V., que voy á llevarla á que consulte á mi papá, que acaba de llegar de Madrid.» La obligó á que se apoyase en su brazo, y tomando con la otra mano la derecha de Isabel, salió del establo.

Esta escena produjo una fuerte impresión á Delfina; nunca le habia parecido Enriqueta tan buena, tan razonable; recordaba con vivo placer su conversacion con las dos campesinas, y sobre todo la expresión de su fisonomía: su inclinación hacia ella se aumentó tanto con el deseo de imitarla.

Un cuarto de hora despues volvió Enriqueta llena de alegría. «¡Qué feliz, dijo á Delfina, ha sido mi idea el llamar á esa buena muger! Mi padre está seguro de devolverla la vista; la hará la operación de la catarata en ocho dias, y accediendo á mi ruego, ha dispuesto que permanezca en casa hasta que esté completamente curada. ¿Concibes tú mi alegría? Cuando esa pobre muger no esté ciega, su nieta podrá casarse con el rico labrador que la ha pedido, puesto que entonces no tendrá necesidad de servir de lazarillo á su abuela; y de este modo el cariño que por tantos motivos le tiene Isabel, no le costará el sacrificio de una colocación tan ventajosa.»

«¡Ah, mi querida Enriqueta, exclamó Delfina enternecida, comprendo, en efecto, lo feliz que debes considerarte y cuánto mereces serlo.»

La llegada del doctor y su esposa, dió punto á esta conversacion: aquel interrogó, como de costumbre, á su enfermita sobre su estado.

—Estoy mucho mejor, —contestó ella, —pero algo cansada por haber corrido hoy; sin embargo, este cansancio no me entristece como el que yo experimentaba en Madrid cuando volvía de un baile ó del teatro.

—Eso no me sorprende, —dijo el doctor sonriéndose; —el cansancio que se toma en Madrid produce fiebre; el que



se toma en el campo, lejos de ser peligroso, llama el apetito, el sueño y esos vivos colores que tienen las mejillas de Enriqueta.

En seguida el doctor tomó el pulso á Delfina, y le ordenó seguir el mismo régimen hasta nueva orden.

Aquel mismo día recibió Delfina una carta de su madre y la enseñó á Enriqueta, que un momento después salió, y volvió trayendo un recado de escribir. «Toma, dijo á Delfina, aquí tienes con que contestar á tu mamá.»

Al oír esto, Delfina se ruborizó, y bajó los ojos diciendo:

—¡Ay! si yo no sé escribir.

—¡Cómo! —repuso Enriqueta, —¿absolutamente nada?

—Sé formar algunas letras en grueso, pero nada más.

Al oír esta confesion, Enriqueta, que vió humillada á Delfina, sufrió por su embarazo.

—No es extraño, —la dijo, —que tu mala salud haya retardado tu instruccion; pero ahora que estás mejor, puedes reparar el tiempo que has perdido.

—¡Oh, cuánto me alegraría, si alguien pudiese aquí enseñarme á escribir!

—Mi letra no es mala, y si tú quieres, seré tu maestra.

Delfina, por toda respuesta, echó sus brazos al cuello de Enriqueta, y convinieron en que la primera leccion tendria efecto al día siguiente.

Empezaba Delfina á reconocer con sonrojo el exceso de su ignorancia. Amaba y admiraba á Enriqueta; esta se valia de todo su ascendiente para comprometerla á ocuparse, á instruirse, y le ofrecia tan buenos ejemplos, y al mismo tiempo era tan dichosa, que Delfina no podia resistir el deseo de imitarla. Además, encontraba en su conversacion y en la de la señora del doctor, un atractivo que le era mas grato de día en día: ya le contaba esta un pasaje histórico; otras veces le hablaba de Alemania, de los establecimientos útiles y curiosidades que hay en Viena; de las soberbias colecciones de cuadros que se ven con admiracion en Dresde y Dusseldorf; de los hermosos jardines de Reinsberg, en Prusia, y del bello templo de la Amistad, erigido por un gran rey en los jardines de Saus-Souci. Este interesante monumento es de mármol; encierra el mausoleo de la princesa de Bareith, hermana del rey; está sostenido por magnificas columnas, en las cuales se leen nombres de los amigos mas célebres de la antigüedad, tales como Theseo y Pirittus, Orestes y Píladés, Epaminondas y Pelopidas, Ciceron y Aticus, etc., héroes dignos de vivir en la memoria de los hombres, porque fueron á la vez grandes y sensibles, y solo debieron á la virtud y á los encantos de la amistad su felicidad, su gloria y su reputacion.

Delfina escuchaba estas narraciones con atencion extremada, iba tomando un afecto verdadero á la señora de Steinhausse, empezaba á comprender el valor de sus consejos; algunas veces ella misma le rogaba que se los

diese y la obedecia sin esfuerzo, experimentando la satisfaccion mas viva siempre que aquella excelente señora le daba alguna muestra de aprobacion.

Entretanto Enriqueta, y por consiguiente Delfina, veia con gran placer aproximarse el día en que habia de ser operada la anciana campesina: el rico labrador, llamado Simon, habia ido á suplicar á Enriqueta y á su madre que secundasen su proyecto. La negativa de Isabel, que tan gran prueba era de su afecto hácia su abuela, la habia hecho mas cara y mas interesante á los ojos de Simon. La señora del doctor habia hablado á Isabel, y esta habia concluido por confesar que *estimaba* mucho al señor Simon. En fin, Isabel prometió que se casaria con Simon, si el doctor conseguia devolver la vista á la abuela y si aquel consentia que la misma viviese con ellos. Simon contrajo con placer este compromiso, y poseido de amor hácia Isabel y fluctuando entre la esperanza y el temor, esperaba con emocion mezclada de inquietud é impaciencia el día señalado para la operacion.

(Se continuará.)

## EL NIÑO DE LA CHOZA.

Una noche, en una miserable choza, donde yo pedí hospitalidad por haberme extraviado de la ruta que me trazaran para una de mis frecuentes excursiones á las montañas mas pintorescas de Europa, me impresionó profundamente una escena extraordinaria, á pesar de mis grandes esfuerzos para contemplarla con valor y sangre fria y hacerla mas tarde objeto de mis trabajos literarios. Un niño era víctima de horribles convulsiones, que lo tenían al borde del sepulcro: el padre y la madre, no sabiendo ya con qué aliviarlo, le contaban perdido: le veian con ojos abatidos, opacos, y tendido sobre unas tristes pajas. Aquella muger, muda por la pérdida de toda esperanza, tenia una expresion sublime: aquella tosca y enfermiza criatura estaba bella por el solo instinto de la maternidad. El padre, uraño y devoto, rogaba sin esperanza tendido sobre su lecho. Yo los contemplaba, y mi estéril piedad no halló para consolarlos mas que palabras y comparaciones. Irritado contra mí mismo, hubo momentos en que preferí ser un ignorado médico de aldea al mas gran poeta del mundo.

Cuando vino el día me apercibí de que la fatiga me habia vencido y despertaba de un corto sueño que poco antes me sorprendiera. Entonces creí ver al niño muerto y la madre prosternada al lado de su lecho, y encontré á esta sentada y al niño sonriéndose sobre sus rodillas. A su lado estaba un hombre con chaqueta de grueso paño y botas de cuero, cuyas manos, tostadas por los ardores del sol y su aspecto particular de viajero, daban á cono-



cer un comerciante ambulante ó un contrabandista. Hizo tomar al enfermo una segunda dosis de no sé qué calmante, dió sus instrucciones á los padres en su dialecto, que apenas comprendí, y se despidió rehusando el dinero que le ofrecían. Cuando salió me apercibí de que en lugar de recibirlo, habia dejado con intencion una cantidad en la artesa del fogon. ¡Así ejercen la caridad y beneficencia los que saben sentir las necesidades de los menesterosos!

G. S.

### LAS FLORES.

Nos encontramos en la estacion del año en que á pesar de haberse agotado la frescura con que la naturaleza nos ofrece en la vegetacion las primicias de sus anuales galas, debemos á su poderoso vigor una sorprendente magestad que nos rodea de encantos bajo un bello cielo y sobre una tierra fértil. Los jardines y los bosques acogen hoy las aves que en armoniosos conciertos tributan á Dios gracias mil por sus beneficios; anuncian la vuelta del estío entre los suaves perfumes que se desprenden de su misterioso seno. Las rosas florecen, se abren los lirios, azucenas, eliótropo, y al través de todas las plantas, la ciencia puede buscar lo que le agrade. Pero no vamos á ocuparnos de sus observaciones con una excursion imaginaria que pudiera causar enojo á nuestras lectoras; nos proponemos solo pasar una ligera revista, que ocupe agradablemente su imaginacion, para fijar en su memoria curiosidades y noticias que embellezcan su talento, como las flores á que se refieren adornan con sus galanas formas y colores la hermosura que ostentan sin cesar.

Se cree generalmente que la rosa es originaria de Oriente, lo que ha hecho que algun sentido poeta diga:

«El imperio de Oriente es el imperio de las rosas.»

La azucena procede de la Siria: allí crece naturalmente á la orilla de los riachuelos y en medio de las zarzas. Los libros sagrados hablan mucho de ella, y la presentan como el símbolo de la inocencia y la pureza.

El eliótropo es originario de Méjico.

La rosa de Bengala y la hortensia se importaron en Europa por Maccartney, gobernador de la India en la época del primer imperio. La primera hortensia que se vió en París fué ofrecida á la emperatriz Josefina, y ella la dedicó á su hija, la reina de Holanda, y de allí su nombre de hortensia, que lo tomó de la princesa su madrina.

La lila es originaria de Persia. De Constantinopla fué importada en Francia bajo el reinado de Luis XIV por su embajador M. de Noite, quien trajo tambien el primer tulipan.

La camelia vino de China á Europa hace mas de ochenta años: se trajo por un padre de la compañía de Jesus, M. Camellin. La camelia mas hermosa que se ha conocido en Europa ha sido en la Caserta, sitio real cerca de Nápoles. Esta planta se ha formado un árbol de mas de diez metros de altura en nuestros climas, tomando la mas bella forma.

La dália fué traída de la América del Sur, y es tal la variedad y hermosura de sus colores, que se forman sorprendentes colecciones. Es una flor cuyos estambres y pistilos se convierten con facilidad en pétalos, y por hacerse flores tan rellenas forman los mas bellos adornos de nuestros jardines. Tantos atractivos tiene, que los jardineros de todos los paises no han podido, á pesar de los mayores esfuerzos, dar igual hermosura al tulipan, la camelia, ni la dália, en cuyas flores ni aun han podido alcanzar el precioso color azul de la dália, de lo cual ha deducido algun ingenio que siendo el color del cielo, solo á Dios corresponde darlo, y como prueba de su humildad solo lo ha prodigado á las modestas flores del campo.

Detenemos aquí nuestra excursion sobre la introduccion ó aclimatacion de ciertas flores en nuestros jardines, entre las que las damas hacen su eleccion para el tocado y adornos de su belleza.

EMILIA.

### ANÉCDOTA.

Confesaba un sacerdote en la hora de la muerte á un viejo soldado, que demostraba tan vivo dolor de sus pecados y un sentimiento tan profundo de alegría y esperanza, á pesar de haber vivido torpemente, que el confesor, admirado, le preguntó una y otra vez si no recordaba haber hecho alguna buena accion notable.—Ninguna, padre mio, respondió el soldado; en mi vida no hay sino maldades.—Pues aquí hay un misterio seguramente, repuso el sacerdote: miradlo bien, recordad, porque vos habeis debido hacer alguna buena obra, aunque no lo creais.—¡Ah! perdonad, recuerdo una, una sola: estaba yo en América, y un dia encontré al borde de un torrente á una negra, que tenia en los brazos un niño pequeño y se disponia á arrojarlo en la corriente. De repente me ocurre un buen pensamiento; me dirijo á la negra, y la digo: «Muger, ¿quieres que tu hijo sea cristiano?—¿Cristiano? bien, respondió ella, con tal que no sea esclavo como yo. Entonces tomé al niño, lo bauticé y se lo devolví á su pobre madre. Si eso es una buena accion, es la única de mi vida, padre mio.»

Pero así y todo, Dios se habia acordado de ella en aquel momento supremo: aquellas lágrimas, aquella alegría, aquella confianza que se desbordaban del corazon del antiguo soldado, eran efecto de aquel bautizo, cuyo



premio recibia en la hora de su muerte; porque está escrito que Dios no olvida ni el vaso de agua que una mano caritativa ofrece en nombre de Dios á la mas humilde de sus criaturas.

C. A. DE L.

### DIÁLOGO ENTRE AMIGOS ÍNTIMOS.

Los hombres serian grandes santos,  
si amasen á Dios como á las mugeres.  
(SANTO TOMÁS.)

—¡Tratar así á un amante, y á un amante el mas fiel, el mas apasionado de todos los amantes!... Mira, dá la mano á mi despecho, sosten mi resolucion contra los restos de amor que me puedan hablar en favor de ella; dime de esa ingrata, te lo ruego, todo lo malo que puedas; píntamela de una manera que me la haga despreciable, y márcame bien, para que me desagrade mas y mas, todos los defectos que le encuentres.

—Si he de decirte lo que siento, nada le veo que me llame la atencion, y creo que encontrarias mil mugeres que fuesen mas dignas de tí. En primer lugar, sus ojos son pequeños.

—Eso es verdad, tiene pequeños los ojos; pero los tiene llenos de animacion, de fuego, son los mas penetrantes que hay en el mundo, los mas seductores que se pueden ver.

—Tiene la boca grande.

—Sí, pero con una gracia que no se vé en otras bocas: al mirarla, aquella boca seduce, enamora; es la mas interesante que se puede encontrar en muger.

—En cuanto á su estatura, no es alta.

—Nó, pero su cuerpo es muy airoso y esbelto.

La forma extendida de esta cestita, de nueve á diez centímetros de longitud, la hace á propósito particularmente para el primer uso que acabamos de indicar. A causa de su forma graciosa (pues está hecha de hoja de lata finamente barnizada de amarillo), podría servir tambien de cestita para obleas.

Aunque este pequeño trabajo de hojalatería fina, pueda adornarse de la manera mas variada segun la fantasía

—Afecta una dejadez en su lenguaje y en sus acciones....

—Es verdad; pero en todo tiene gracia, y hay en sus maneras un no sé qué lleno de atractivos, que se insinúa en todos los corazones.

—Talento....

—¡Ah! ¡lo tiene, no lo dudes! y de lo mas fino y delicado.

—Su conversacion....

—Su conversacion es encantadora.

—Está siempre tan seria....

—¿Y prefieres tú las expansiones extremadas y continuas de alegría y buen humor? ¿Hay nada mas impertinente que las mugeres que siempre están riendo?

—En fin, es caprichosa como nadie en el mundo.

—Sí, es caprichosa, estamos conformes; pero todo sienta bien á las bellas, todo se sufre de ellas.

—Puesto que todo eso lo ves así, creo que estás dispuesto á amarla siempre.

—¡Yo! mejor preferiria morir: la he de aborrecer tanto como la he amado.

—Y ¿cómo, si las encuentras tan perfecta?

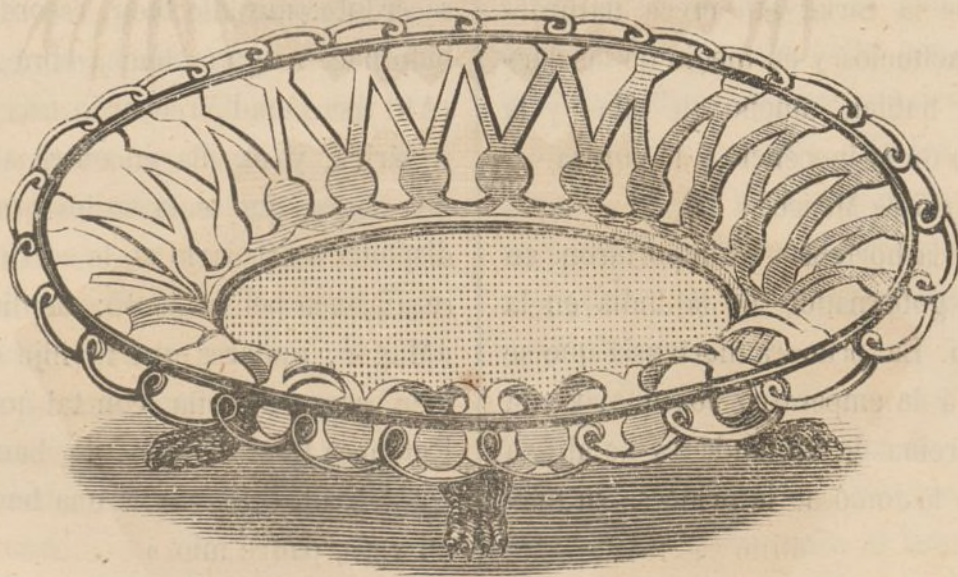
—Con eso será mas grande mi venganza; así haré ver mejor la energía de mi corazon para odiarla, tan bella, tan llena de atractivos, tan adorable como yo la encuentro.

Estos elogios, así como otros semejantes en boca de un hombre lleno de despecho, revelan la poderosa influencia de la imaginacion sobre el sentimiento del amor.

Se dice comunmente y en sentido moral: «Nadie puede dar lo que no tiene;» pero esto es falso, pues entre amantes se recibe, no lo que se dá, sino lo que se cree recibir, porque la imaginacion es la que aprecia el valor de lo que se recibe, y crea lo que no se tiene.

T.

Cestita para cerillas, alfileres, obleas, etc.



ó ingenio de la persona que quiera hacerla, como, por ejemplo, de perlas, de felpilla, de lentejuela y de otros trabajos pertenecientes al dominio de la tapicería, creemos, sin embargo, deber recomendar como adorno del fondo de la cesta un ramillete de flores de seda ó lana céfiro, lo

que en nuestro juicio conviene mejor, ya se destine la cesta para cerillas, ya se quiera emplear para alfileres, este trabajo ofrece las mayores garantías de duracion.



Se sabe lo bien que se asocia la seda á los colores mas brillantes de tapicería de lana, sobresaliendo considerablemente este último. Podemos dispensarnos de recordar á nuestras lectoras ese medio accesorio de dar relieve al trabajo que les proponemos.

En el bordado del ramo de que acabamos de hablar, una de las florecitas se hará de dos matices de lila y la otra de dos de amapola de fuego, así como las hojas de matices variados de verde azul y verde amarillo.

El borde de la cesta puede adornarse muy bien con

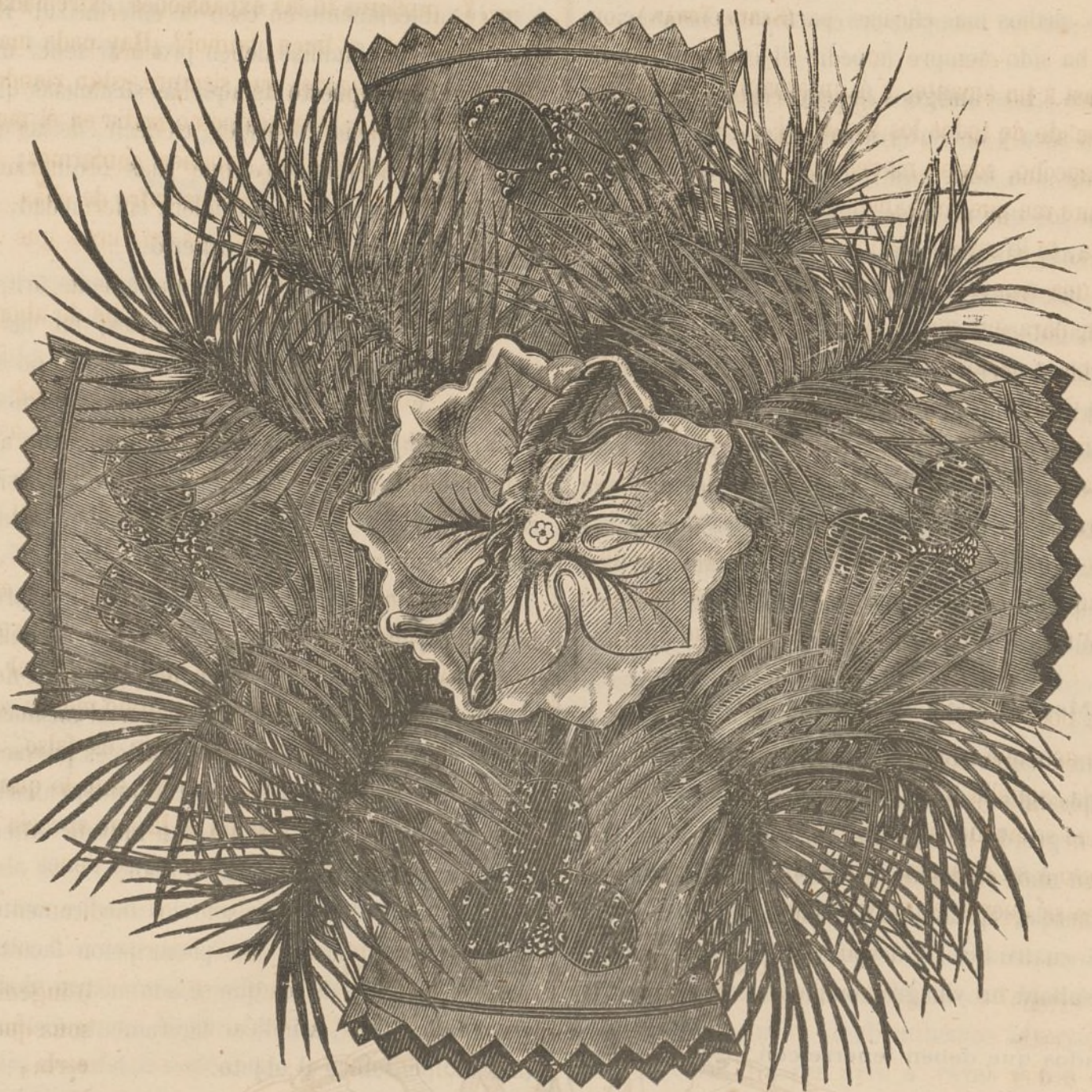
un sembradito de flores. Se emplearán al efecto las mismas que en el ramilletito, pero sin hojas; y se bordarán alternativamente, separándolas por un pequeño trecho, una flor de lila y otra de amapola de fuego.

Excusado nos parece añadir que es necesario tener cuidado de repartir las flores de una manera regular.

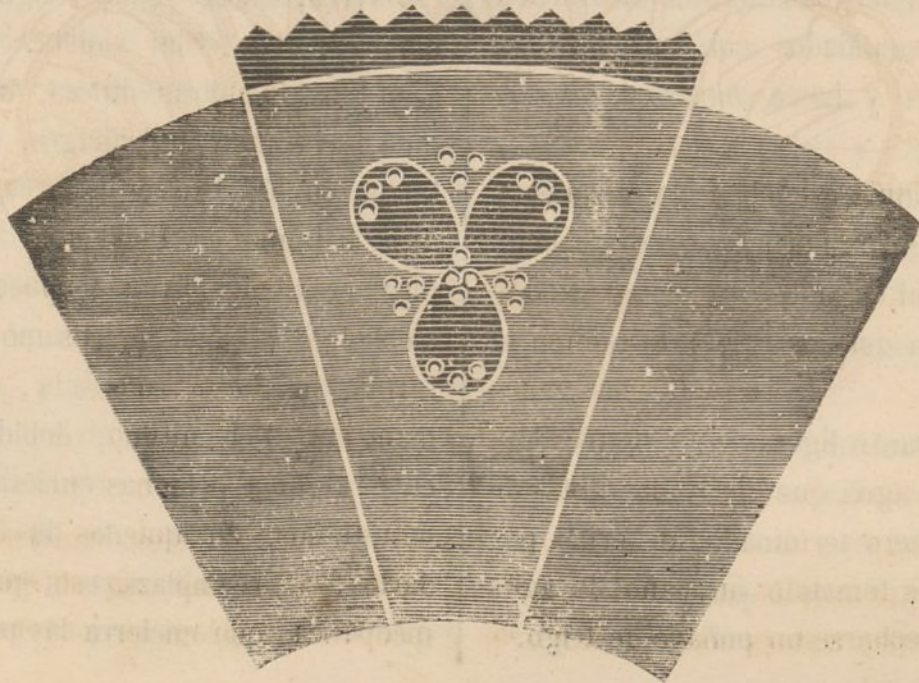
En la tapicería del fondo de la cesta deberán emplearse los colores negro, bronce, fuego de cuatro matices y verde de tres.

C.

Limpia-plumas.



Para hacer este elegante limpia-plumas, bastará cortar, en la forma y tamaño del dibujo pequeño, cuatro pedazos de paño color de fuego. Se coloca en el centro de estas superficies una hoja de trébol de tela negra muy tupida, bordada de hilo de oro y rodeada en el interior y en el ex-



terior de algunas perlas de acero, conforme al dibujo. Luego se replegan hacia el centro las dos orillas de cada uno de los pedazos de paño hasta el límite indicado por las líneas blancas, de modo que forme un cañón. En seguida se reúnen en forma de cruz ó de estrellas estas cua-



tro partes, encañonadas de la manera indicada, y en cada uno de los espacios se fijan plumas negras. Finalmente, en el centro se fija una cestita de porcelana, de la que se sirve para tomar y mudar el limpia-plumas hecho de este modo.

C.

## ECONOMÍA DOMÉSTICA.

### Conservacion de frutas.

Uno de los medios mas eficaces para la conservacion de las frutas, ha sido siempre impedir el contacto con el aire atmosférico. Los antiguos las encerraban en vasijas con arena bien seca y las enterraban á dos ó tres metros. Ahora se hace una cosa equivalente, pero mucho mas practicable por los que no tienen medios ó no les conviene seguir las antiguas prácticas.

Se toman las frutas y se las envuelve en una capa de cáñamo deshilado: en seguida se las sumerge en cera amarilla fundida ó derretida, de donde se las saca al momento. La cera, al enfriarse, forma sobre el cáñamo una capa que protege el fruto, y cuyo espesor impide todo contacto con el aire atmosférico. Despues no hay mas que colocar las frutas así dispuestas en una cueva que no sea muy húmeda, donde se las conservará perfectamente hasta que se las quiera comer, que no habrá mas que quitarles la envoltura ó capa que se les ha dado.

### Medio de decolorar el vinagre.

Si se tiene vinagre rojo y se desea blanquearlo, nada mas fácil empleando el medio siguiente:

Se toma negro de humo ó carbon animal y se lava bien: se echan unos cincuenta gramos en cada litro de vinagre; se mezcla, agitándolo de tiempo en tiempo durante tres ó cuatro dias, y despues de este tiempo basta colarlo, y resultará un vinagre completamente blanco.

### Cuidados que deben tenerse con los piés.

Las personas que hacen largos viajes en la estacion presente, deben tener ciertos cuidados con sus piés, si quieren evitar incomodidades y hasta molestos padecimientos.

Despues de un viaje cualquiera, deben descalzarse y enjugar los piés y las piernas con un lienzo seco y caliente: se mudará las medias y el calzado para evitar el contacto y constante influencia del que por tanto tiempo se ha traído en los piés.

Llegada la noche, se lavarán ligeramente los piés antes de acostarse, empleando agua que lleve unas gotas de aguardiente. Si el viaje hubiere terminado, deberian poner término á estos cuidados tomando un baño de agua templada, en la cual puede echarse un puñado de trigo.

### Farmacia doméstica.

Del mismo modo que el buen orden y arreglo doméstico aconsejan la provision de alimentos, ropas y cuantos artículos convienen á los gastos y necesidades ordinarias de la vida, ya para obtener ventajas en su adquisicion, ya para su saneamiento y mas oportuno empleo, ya, en fin, para ocurrir á una multitud de accidentes cuyas fatales consecuencias podrian causarnos grandes perjuicios económicos ó de otro género, igualmente decimos deben hacerse provisiones de sustancias y artículos que tienen aplicacion exclusiva ó directa á la conservacion de la salud, ó su restablecimiento en caso de enfermedad. Esto quiere decir que las familias deben procurar tener una especie de botiquin compuesto de aquellas sustancias que son objeto de la farmacia doméstica, es decir, de las que se aplican á los padecimientos que mas ordinariamente nos aquejan sin formar una verdadera enfermedad, por cualquiera persona de regular criterio.

En todas las familias es esto altamente útil, pero lo es aun mas en las pequeñas poblaciones, en las casas de campo, donde los recursos de todo género no están tan á la mano y se carece por lo regular de médico y botica; pues el tiempo que pasa desde que ocurre un accidente ó indisposicion cualquiera, hasta que llega la asistencia facultativa y los medios que esta dispone, puede comprometer fácilmente la existencia.

Sumamente sencillo es reunir ó hacer la provision que indicamos, pues todo ello se reduce á unas cuantas plantas, sales, aguas y algun sencillo preparado de esto mismo, que muchas personas hacen por sí mismas.

Si conveniente y aun necesario es proveerse de sustancias que nos sirven para el alimento diario, no lo es menos hacerlo de las que pueden impedir alteraciones en la salud ó curar las que acontezcan.

Es preciso tener, no solo los medicamentos comunes que pueden aplicarse sin prescripcion facultativa, sino tambien algunos de los que se administran por el médico.

Vamos, pues, á indicar ligeramente los principales y mas indispensables al objeto.

Yesca, hilas, vendas; aguardiente alcanforado, éter; flor de malva, tila, violeta, manzanilla; goma arábica, aceite de almendras dulces, harina de linaza, mostaza, miel, sal comun, té, vinagre, algun jarabe, ungüento y tafetan inglés. Hoy no falta entre estas provisiones el árnica, bálsamo de Peikler y algun otro específico de los mas acreditados. Aun se puede añadir á esta ligera lista alcohol, álcali volátil, bálsamo tranquilo, extracto de Saturno, magnesia calcinada, ruibarbo, agua de Hoffman, etc. Por último, debido al espíritu de sistema entre algunas personas curiosas y dadas á cierto orden de estudios, en quienes la homeopatía ha hecho partidarios, se reemplaza esta provision por una caja homeopática, que encierra las principales preparaciones de



que pueden hacer uso los profanos al arte de curar.

Con estos elementos y una previsora experiencia para su uso, ya externo, ya interno, en casos dados, no haya temor de que en casos ordinarios, se pierda el tiempo hasta la llegada del médico.

Debemos aconsejar una precaucion que siempre es conveniente tomar, sin embargo de que la mayoría de las sustancias enumeradas es inofensiva. La madre de familia ó la señora de la casa á quien esté confiada la custodia de todo, debe tener bajo llave, en armario, caja ú otro cualquier punto de custodia donde se pongan estas sustancias, para evitar imprudencias, descuidos y los peligros á ellas consiguientes.

T. S.

### MODAS.

Los trajes adoptados para las excursiones campestres, viajes y baños de mar, se completan hoy con paletot liso igual al vestido. Las telas que se prefieren son: la alpaca pelo de cabra, y fular: sus colores, gris, nankin, avellana, mahon, etc., todos lisos. El adorno de estos trajes es sumamente sencillo, ya con pequeños volantes, con cabeza guarnecida por trencilla sobrepuesta, ya de cintas ó terciopelos de cuatro ó seis centímetros de ancho, formando grecas ó dibujos á capricho. Pero si los trajes de campo se distinguen por esta sencillez en sus adornos, en cambio los de calle y paseo ostentan un lujo extraordinario en las telas y guarnecidos; por esta sola razon, á parte de la novedad en sus confecciones, merecen que hagamos una ligera reseña á nuestras lectoras de lo mas notable.

El vestido de seda azul celeste cuadrillado á listitas blancas con tres volantes en el bajo de la falda, es de un efecto delicado. Los volantes llevan cabeza rizada, sobre la que se añade un orden de aplicacion en seda blanca de un gusto distinguido. Encima de los tres volantes se añade una tira de tafetan negro, que por cima y debajo lleva órdenes de aplicacion en seda blanca. Por último, para terminar el adorno de esta falda, concluye en su tercio con dos pequeños volantes semejantes al vestido, sentados á feston. Las mangas, abiertas hasta la altura del codo, con guarnicion semejante, ó que guarde relacion con la de la falda; huecos en tafetan blanco salen por la abertura de la manga. El cuerpo es liso, guarnecido con volantes y tiras de tafetan formando corpiño suizo, sube hasta el cuello, y debe llevar un pequeño cuello de forma del de caballero, de blonda blanca.

Otro de un gusto fantástico, es un vestido de gasa de Chamberí, fondo lila cuadrillado de blanco, guarnecido en el bajo con tres volantes muy espaciados; en los espacios, entre los volantes, una gran greca con cinta de raso

lila. Igual guarnicion lleva en el cuerpo y las mangas, con la diferencia de ser mas estrecha. El vestido es escotado sobre una camiseta suiza de muselina á pliegues menudos, cerrada en cuadrado por medio de un entredos de encaje, por el que sigue una cinta lila.

Tambien es de una admirable elegancia para *soirée*, en señorita, vestido de muselina muy clara, debajo de la que se lleva vestido y cuerpo de tafetan malva, formando transparente. El guarnecido del bajo lo hacen seis volantes de muselina semejantes al vestido, con un ancho de cerca de diez centímetros. Estos volantes son plegados, y van guarnecidos con un pequeño tul blanco de dos centímetros de ancho.

Sobre los seis volantes vá una banda de tafetan malva de doce centímetros, con aplicacion de seda blanca por cima y debajo y sentada en ligeras ondulaciones. Las mangas, cortas, tienen el mismo adorno que la falda. El cuerpo liso y escotado. Un ancho cinturon de tafetan malva con grandes caidas, formando un gran lazo que descende hasta la guarnicion de la falda. Este cinturon, cuyo bordado es de aplicacion en seda blanca, vá guarnecido alrededor con un estrecho tul como el de los volantes. Una berta á pico por delante y por atrás, entremezclada con órdenes de blondas y cintas malva, se fija sobre el cuerpo. Esta toilette es de una confeccion deliciosa: tambien se puede ejecutar en color rosa.

Despues de los trajes que acabamos de describir, y los que el figurin representa, cuya explicacion damos á continuacion, vamos á indicar ligeramente algunos detalles de suma importancia, para que nuestras elegantes suscriptoras puedan introducir variaciones ajustadas á su gusto, sin salir del carácter dominante en la moda, reina del buen tono.

El fular, tela de un mérito real por su consistencia y brillantez, continúa mereciendo el mas especial favor. Los vestidos de fular liso, color nankin, maiz, verde, gris, gris perla, etc., forman los mas deliciosos trajes de campo que se pueden imaginar. Tambien hemos advertido, como de gran novedad, fulares gris á rayas y con carreras de flores á dos colores. Estos vestidos, mas propios de la estacion que los lisos, se adornan generalmente con volantes semejantes á las rayas ó del color de las flores. Fulares de mil rayas, maiz y negro, gris y negro, azul y negro, verde inglés y negro, forman tambien preciosísimos trajes de gran distincion, á los que se acomodan los adornos mas caprichosos. Aconsejamos para este fin el empleo de encajes *Lama*, que son sólidos y de un efecto admirable.

Se habrá advertido entre todos los detalles [marcados para la ornamentacion de los vestidos, que juegan aun un gran papel este año la pasamanería, las cintas y el bordado de aplicacion. Hacen igualmente juego los cinturones suizos en tafetan negro, guarnecidos de pasamanería



mezclada con perlas, y con ellos son de un elegante efecto las camisetas plegadas y mangas blancas, que han reemplazado á las camisetas rusas flotantes.

Los sombreros forman hoy un objeto digno de la mayor atención para nuestras elegantes. Los preferidos para viaje son á la *emperatriz*, de forma redonda y copa baja. Hay excelentes modelos en paja negra, blanca y marrón. Adelante llevan un cogido de plumas rizadas de dos colores, en cuyo centro se coloca ordinariamente un ramo de flores. Alrededor llevan un velo cosido en una disposición enteramente nueva, pues con su prolongación hacia atrás como á punta, forma un gran bavolet.

Los sombreros *richemant*, *marinera* y *cloche*, siguen mereciendo gran favor. Se forman en tafetan color claro ó terciopelo negro. Llevan adelante grandes ramos de flores, lazos, blondas ó encaje negro con cabos que caen por detrás.

Igualmente para paseo se prefiere el sombrero *Ceres* en paja de Italia, que se adorna con espigas de trigo mezclando cintas *fuego*. El bavolet se cubre con encaje negro en punta hacia atrás. El interior del ala se adorna también con espigas, rizado de blonda con una pequeña orilla ó ribete negro: las cintas ó bridas son de tafetan negro.

Los guantes á la Josefina de piel fina y suave, no se hacen insoportables aun en medio de los mas rigurosos calores, y son de una elegancia suma.

Constituyen una singular novedad las redecillas de seda muy fina con perlas de azabache, acero ó doradas, que han recibido el nombre de *invisibles*, y que son de rigor en las jóvenes bajo el sombrero redondo.

Las sombrillas se llevan en este año de seda de color, con dos grandes volantes y un menudo rizado encima del segundo: el mango es de madera natural esculpida. Las de gran toilette son siempre de encaje negro ó blanco forradas de tafetan: en ellas el mango esculpido ó liso, lleva una pequeña manzana de oro cincelada ó incrustada de turquesas.

EMILIA R. Y R.

#### DESCRIPCION DEL FIGURIN.

**Traje de baile.** Vestido de tafetan á la *pompadour*, adornado en la parte baja de la falda con un volante sobrepuesto con plegado de tafetan verde mar. Cuerpo de forma *bernoise*, sujeto por medio de espaldares de cinta, sobre los que se coloca un lazo con rosas que cubran las cocas de las cintas; un plegado de tafetan adorna la parte superior del cuerpo, cortado en tres puntas hacia adelante; una vestidura de tul ilusión completa la parte superior del cuerpo, cuyas mangas están formadas por dos bullones de tul. Tocado compuesto de tufos de rosas.

Pulseras de oro, brillantes y esmeraldas. Abanico antiguo.

**Otro.** Vestido de crespón liso blanco, adornado en la parte inferior de la falda por tres sesgos bastante largos de crespón rosa, cubiertos de un encaje cosido al caer; encima de cada biés se colocan cuatro ó cinco filas de cinta, núm. 1.º, de raso blanco. Una segunda falda túnica, guarnecida de un sesgo de crespón rosa, cae sobre la primera. Cuerpo adornado de una vestidura de crespón, terminada por dos sesgos rosa cubiertos de encaje. Mangas de crespón blanco con tres bullones blancos, sobre los cuales serpentean pequeños encajes plegados sobre crespón rosa. Rodea el talle un cinturón de crespón rosa festoneado; sus puntas se cubren de encaje. Tocado á la *pompadour* adornado de rosas y margaritas entremezcladas de yerbas en la parte anterior. La túnica está recogida en un costado por un ramo de centinodia con follaje.

**Otro.** Vestido de tafetan azul, adornado en la parte inferior de la falda con un volante redondeado á la pegadura de cada paño; encima del volante se coloca un entredos pequeño de guipur negro, y luego en la parte anterior un delantal de lazos del mismo guipur. Cuerpo formado á bullones de tul ilusión, separados por entredoses cubiertos de tiras de tafetan azul y tirantes, sobre los cuales se coloca una linda blonda blanca. Pequeñas mangas cortas de tul á bullones, separados por bandas de tafetan y pequeñas blondas fruncidas. Tocado en espiral y con lazos de tafetan azul. Pulsera de oro, brillantes y záfiro.

**Toilette** de niña para baile ó soaré. Vestido de tafetan malva cubierto de tarlatana del mismo matiz, adornado de alto á bajo de la falda con pequeños volantes de tarlatana, montada á pliegues. Cuerpo en punta y con tirantes formados por un encañonado doble de tarlatana; entre los tirantes se hallan pequeños volantes montados á grandes pliegues. Tocado compuesto de cocas de tafetan y crespón malva. Pulsera de oro y amatista. Collar de oro formando cadena de gruesos anillos.

#### NOTA.

Aunque el figurin que repartimos con el número de hoy corresponde al mes de junio, que no recibieron nuestras amables suscriptoras, debemos hacerlas notar que los trajes que representa son propios del presente mes, y, á fin de que alcancen la última novedad de la moda, les repartiremos con el número inmediato el figurin que debia acompañar al de este día. Esperamos que en lo sucesivo no ocurran retrasos de este género, que la empresa de LA EDUCANDA es la primera que lamenta.